

APUNTES SOBRE LA AGRICULTURA DE LORCA.

I.

Correspondiendo á la distinguida y honrosa invitacion del ilustrado Director de EL ATENEO LORQUINO, me propongo publicar algunos *apuntes* referentes á la agricultura de esta importante ciudad, que si no parecieran propios del caracter de esta publicacion literaria, artistica y poética, por carecer de las galas y amenidad con que adorna el literato sus producciones, dirán en cambio lo que nuestro suelo produce. La agricultura no cultiva las flores que ahagan los más delicados sentidos; pero cultiva en cambio los frutos que fortalecen los órganos donde aquellos se alojan, y sin los que, pura materia, no tendrían lugar las funciones que manifiestan el alma.

Nunca he creído que haya fundamento razonable para sostener ruda pelea entre el espíritu y la materia, entre la carne y la esencia. La materia es inerte sin el impulso espiritual que la anime, tenga este espíritu su origen donde quiera, cuestion que no me propongo tratar aquí. El espíritu no se manifiesta sin que lo haga por medio de órganos expresamente contruidos, y de ahí que considere tan importantes á una y otro, y que en una revista literaria aparezcan apuntes tan concretos como lo son la tierra, las plantas, las aguas, los abonos, etc.

Las ciencias, como las artes y la literatura, es indudable que pueden presentarse con todos los atractivos de que es capaz una inteligencia privilegiada; pero aun faltando estos en mis modestos apuntes, siempre resultará justificada de alguna manera su publicacion, y mucho más cuando en ellos pienso ocuparme del *famoso pantano*, que ni es famoso ni tan siquiera pantano, y de la *fabulosa fertilidad* de los suelos lorquinos, tan fabulosos, que solo pura fabula puede considerarse.

Hay hombres que se consagran á cantar las glorias y grandezas

de los pueblos; otros que cantan sus desventuras y su inercia. Yo creo que pertenezco á estos últimos, por no saber finjir ó por querer ser siempre verídico. Si verro, me place que me muestren el error, porque amante de la verdad, siempre soy su esclavo.

Cuando habitaba otras ciudades oia hablar del célebre pantano de Lorca y creia era (como me lo pintaban) una obra monumental, un prodigio del arte y una grandeza agricola que envidiaran los Columelas, los Varrones y Paladios.

Creia que tal foco de riqueza rústica no envidiaba á las grandes y portentosas canalizaciones que nos legaron los hijos del Profeta en su larga dominacion.

Creia que su construccion era tan artística, que compararse podria en su clase á los más dignos de estudio y meditacion entre los antiguos y modernos de mayor nombre.

Creia, en fin, que la ruptura de tan colosal monumento, solo reconocia por causa un gran cataclismo terrestre; la dislocacion de las capas del globo; la mano *providente* y directa del Señor que castigar debia algunos pecadillos de esta tierra, en lo que tanto podria hacerse en bien de sus habitantes y tan poco ó nada se hace.

Mas al venir á este suelo que me sustenta, y al ampararme bajo este incomparable cielo azul, quise reconocer su famosa obra, el pantano, como su campo siempre seco y de inmensa extension, como sus huertas que me atrevo á llamar de secano por más que parezca un escarnio, como sus montes devastados y en ruina.....

Quise conocer todo lo que al ramo agricola corresponde, y hallé cosas bastante buenas y otras cosas bastante malas y aun malisimas. Y como de todo observé y fuera injusto referir todo lo bueno, teniendo presente mi caracter verídico, dirán mis apuntes lo bueno y lo malo, por más que calle lo malisimo por si acaso fuera en mí una errónea apreciacion.

Los hijos de este pais todos se conocen; así que casi solo escribo para los respetables lectores de fuera. Además aquí hay muchos y buenos talentos que poco se les oculta de cuanto en él existe, y poco ó nada podria enseñarles de lo que ven y observan. Razon más para que me dirija á los que nos desconocen y desean conocer en el ramo que me ocupa.

II.

La agricultura lorquina está muy atrasada por más que se crea otra cosa, y mucho más si se compara con la de otros pueblos de la costa mediterránea que me precio de conocer.

Este suelo tan feraz que rinde *ciento por uno*, como dicen muchos de sus encomiadores, que son de los que cuentan las glorias de los pueblos, no ofrece más riqueza que otros suelos, si se toma por cómputo un quinquenio ó un decenio de produccion. Fuera un nuevo Paraiso terrenal ó la Jauja del globo terraqueo si por cada fanega

de grano sembrado diera ciento de producción. Ni cincuenta, ni treinta, ni veinte; da lo que su potencia productora permite, resultado de un continuado barbecho, ó de un descanso muy largo en la tierra y de alguna avenida de aguas turbias con pingües arrastres, y riegos auxiliares ó lluvias estacionales. Da en fin lo que dan otros suelos.

Y esta verdad, que á nadie debe ofender, la fundo en los hechos. Mirad á los propietarios terratenientes, y cuando no lloran estan tristes. Siempre se quejan, y *van tirando* como cada hijo de vecino.

Pues no digamos de los labradores, es decir, los que cultivan la tierra á rento: siempre pidiendo y siempre mal. Nada adelantan: por cada cinco que medran cincuenta se arruinan.

Si de los arrendatarios descendemos á los jornaleros, veremos la miseria que, sin ser espantosa, es tan fea como la que más. Con superficies tan extensas no debiera faltar el trabajo en ningun día del año. A una jurisdicción tan vasta debieran faltar brazos para las labores que al cultivo corresponden. Y la verdad es que aquí sobran muchos brazos, y los que trabajan obtienen siempre muy escaso jornal, resultado de la abundante oferta de braceros.

Cierto es también que la agricultura de Lorca es de producción casual, y que cuando se dan bien las circunstancias, el producto es notable. Pero debe considerarse como gasto de cultivo el valor de las labores de arado durante dos, tres ó cuatro años, cuando no más; el sostenimiento de las caballerías en todo este tiempo; las siembras desgraciadas que han podido tener lugar antes de la producción ventajosa; el interés del capital que representan los útiles de labranza; el pago de contribuciones & y descontados todos estos gastos del producto bruto que el *año bueno* rinde, véase el valor líquido que queda en favor del cultivador. Si asciende al quince, ¡es un gran producto!

La potencia productiva de los terrenos de Lorca se funda en primer término, en el descanso y barbecho que reciben. Trabajad una tierra un año y otro sin que produzca, y exponed su superficie al contacto directo de la acción de los agentes atmosféricos de manera que se modifiquen por este medio los principios químicos que han de servir á las plantas de alimento, y veréis como las tierras son productivas, máxime si reciben aguas que lleven en suspensión materias estimulantes y nutritivas como nos las ofrece todos los *detritus* ó descomposición de las rocas y las sustancias vegetales que en forma de *mantillos* bajan arrastradas por las aguas.

Con los abonos naturales que nos dispensa la atmósfera y la tierra, no hay suelo que sea improductivo en el sistema de cultivos extensivos.

III.

De los cultivos de huerta que me he atrevido á calificar de seca-

no haré también algunas observaciones que no son de escaso interés. Las tierras destinadas á estos cultivos son poco extensas, pero lo son más que debieran atendida el agua de que disponen.

Estas tierras destinadas á hortalizas ó cultivos de especies que exigen riego continuo y abundante, no tienen aguas propias, y si de su benéfico influjo quieren disfrutar, necesitan comprar el agua en el Alporchon y pagar por subasta todo el valor que le impuso la maia intención ó la necesidad de otro regante.

Estas tierras son un cuerpo organizado y viviente sin sangre. Su vida es ficticia: solo depende del metal acuñado ó de la voluntad del cultivador más potente. Tiene el derecho á regar si en la *puja* le dejan. De otro modo ve marchitarse sus plantas que ayer eran admiradas por su frescura y lozanía. Durante el desarrollo y en los momentos críticos de producción en la planta, todo es incertidumbre en el cultivador. Al despertar mira al cielo, y en la última estrella matutina que es refulgente como el sol en su cénit, pierde una esperanza que concibiera acaso en la hora nona de la noche. Ruega al Sér Omnipotente y espera otro día más.

Más tarde dirige sus pasos al Alporchon donde se subasta el agua, y cuando observa á *ciertos hombres* que se mueven y agitan en torno de *otros*, pierde su esperanza en las aguas de la tierra como la perdió en las del cielo. Solo que en el Alporchon maldice á los hombres, y al mirar las estrellas bendice á Dios. Tal es la influencia de lo celestial para el sencillo hombre del campo.

Cuando consigue regar, paga al contado el agua que toma; y si para extinguir su deuda toma prestado, es muy común abone el préstamo á un cincuenta por ciento ó sesenta, cuando no más.

Con el agua cara y un judío prestamista, no es aventurado afirmar que su producto líquido queda á merced de ambos factores de la cuenta del cultivo.

Ya se comprenderá por lo dicho, que hemos hecho bien en calificar de secano tierras de huerta y con cultivos de tal.

Así resulta como principio absoluto, que las producciones en las tierras de riego ordinario de esta ciudad son tan costosas, que difícilmente pueden competir con las de otros pueblos que con sus frutos concurren á este mercado. En aquellos el riego es comunal; pertenece á todas las tierras con ese derecho y se lo distribuyen en proporción á sus necesidades: en estas se compra el agua por ser particular, y la compra es por subasta, para el que *más dé*, es decir, para el que más tenga que dar.

Si, pues, un terreno produce más cuanto menos gaste en la producción, y los terrenos de Lorca gastan más en la compra de agua que los de Murcia que nada gastan, claro es que serán de más estimación los de Murcia que estos, y aun podrán competir como la hacen aquellos productos traídos á esta plaza, no obstante mediar 12 leguas de distancia.

Nos dejamos muy atrás el pantano y es preciso volver, á él sí-

quiera sea larga y pesada le escursion que para estudiarlo tengamos que hacer. Vayamos, pues, rio arriba mientras no se compone el número siguiente de esta Revista, y en aquel, si hay lugar para nuestros apuntes, diremos algo de la obra que tanto nombre ha merecido.

TOMÁS MUSEROS.

¡DICHOSOS LOS QUE LLORAN!

Placeres, dicha mentida,
Imágenes seductoras,
Ilusiones tentadoras,
Solo hallarás en la vida.

Huye de ellas, ve con calma
Sus atractivos, mujer;
¡Dichosa tú si al placer
Cierras las puertas del alma!

Pasa la vida venciendo
Las dichas que vas hallando.....
Preciso es vivir llorando
Para morir sonriendo.

J. RUBIRA.

CRÓNICA DE MADRID;

EL MES DE FEBRERO.

Vientos frios y desagradables, abundantes chaparrones; mucho lodo por las calles y pocos ratos de sol en el azul del cielo: he aquí los adornos con que el carnaval ha visto celebrado su tránsito por la capital de España. Muy á menudo sucede en Madrid que los embromadores se truecan en embromados, y eso, ni más ni ménos, ha

ocurrido en el año presente. A la hermosa temperatura con que Febrero empezó su vida, sucedieron durante los cuatro días de carnaval, (porque en Madrid el carnaval tiene cuatro días) los frios y las lluvias; las máscaras, que, desaliando á las pulmonías, se han atrevido á lanzarse á la calle y á los paseos en traje de zuavos ó con el vestido de la mamá ó el de la hermanita, han encontrado escasa concurrencia en el Prado y Recoletos, y el empresario de las sillas vió todas las tardes lucir desocupados sus ligeros y enrejados asientos.

No recuerdo haber conocido un carnaval tan desanimado como éste. El número de coches no era, ni con mucho, tan grande como otros años; y pocas, muy pocas, las máscaras que los asaltaban, abriendo las portezuelas y trepando por la trasera de los carruages descubiertos, para obsequiar con interminable charla á las señoras que los ocupan. En tales días, para las hermosas que se pasean en coche, es artículo de lujo y motivo de vanidad llevarle rodeado de máscaras, que revelen claramente en su disfraz y en sus modales ser chicos distinguidos.

Un máscara en el pescante, otro en cada estribo; dos echados de pechos sobre la trasera, y al rededor, andando sobre el barro, otros tres ó cuatro, es la más brillante escolta que puede codiciarse. En el alegre rostro y en la juguetona risa de las preciosas niñas que ocupan el carruage conoceréis lo satisfechas que van en tan amena compañía; en la manera de mirarlas aquellas otras, comprenderéis también cuanto las envidian tan distinguida guardia.

Así como á los pollos de la parte bulliciosa y elegante de la sociedad les divierte el encaramarse á los coches, donde tal vez sin careta podían ir sentados cómodamente, á muchos estudiantes de medicina, veterinaria y algunas otras carreras, les entusiasma el formar comparsas, que con violines, flautas, guitarras y panderetas ejecuten por las calles valeses y pasos dobles. Pocas de estas comparsas visten el traje antiguo de estudiantes, aunque se llaman estudiantinas: á ninguna se le ocurre tocar, y menos cantar, como en otro tiempo hicieron, la popular é irreparable jota. Generalmente se disfrazan de zuavos, aunque estos últimos años han aparecido algunos *Mefistófeles*, y si no se distinguen por la novedad ni oportuno del traje, tampoco los hace agradables lo ameno é ingenioso de sus bromas. Su galantería se reduce á pedir dinero á las señoras, poniéndose delante, y no dejándolas andar, y su ingenio á ver la manera de que los hombres les den un cigarro. No siendo de buen gusto entre estas máscaras lo que precisamente es de rigor entre otras: la careta; sus bromas son á rostro descubierto y con voz natural, y no se atreven á tutear á nadie.

Pero lo que es indispensable á todo zuavo de estudiantina, lo que le distingue y le dá, por decirlo así, el tono, es el casquete que ha de cubrir solo la parte posterior de la cabeza; la borla colosal que de él cuelga y lo rizado del pelo. Un zuavo con el craneo rapado á modo de recluta y sin la borla de enrespado algodón colgando por

la espalda, equivaldria á un pavo real sin cola y sin penacho, y haría muy triste papel entre sus compañeros, cuando en marcial y correcta formación bajan al prado por las tardes, jugando á los soldados.

Al mismo tiempo que la cuaresma, empiezan todos los años, y han empezado también en el presente, los conciertos del Circo de Rivas, dirigidos por D. Jesus Monasterio. He aquí otra costumbre que *se va haciendo*. Allí se acude los domingos de dos á cuatro de la tarde á ver y ser visto; allí el lujo, la riqueza y la elegancia se ostentan deslumbradores; allí la hermosura, la banca, la política, las letras y la pellería, todas las clases que bullen en sociedad, tienen representación. Quien, frecuentando salones, no asistiera á los conciertos de Monasterio sería..... un zuavo sin borla en el casquete. A la salida, desde las puertas del Circo, se extiende sobre el paseo de Recoletos un torrente de seda, un mar de tapizadas y lujosas telas. Parecería imposible, si no se viese tal concurrencia y el número de coches que esperan á la entrada, que haya tanta riqueza en Madrid; como parecería imposible, si no se visitasen otros barrios, que en Madrid haya tanto pobre.

Y sin embargo de tan brillante público, los conciertos de Monasterio conservan algunos recuerdos de las costumbres propias del circo de caballos, que allí estuvo funcionando, y aun de las de la plaza de toros. Los hombres lucen impávidos durante la función el sombrero encasquetado; el humo de los cigarros, que se fuman dentro del salón, enturbia la atmósfera y ataca á la garganta, y el rumor de cien conversaciones, sostenidas en voz no muy baja por todas partes, impide oír los más delicados detalles de la orquesta. Al empezar la última pieza, los preparativos para marcharse comienzan también; la mayor parte de la concurrencia se pone en pié; las despedidas en voz alta se multiplican por todas las localidades, y gracias á ese afán de salir pronto, ni más ni menos que si fuese a una hora avanzada de la noche, lo postrero del concierto se queda sin oír por casi todos. Sin embargo, aquellos que más prisa se dan por salir sostienen que son muy aficionados y aun inteligentes.

El único concierto que ha correspondido al mes que termina, primero de la temporada, escusado es decir, tratándose de tan notable orquesta y tan excelente director, que ha sido tan bueno como los de otros años. *Al pié de la reja*, serenata por Carreras, la sinfonía en do de Bethoven, y sobre todo la marcha de *Tannhauser* de Wagner fueron muy aplaudidas, mereciendo repetirse.

Y no haré yo aquí lo que los periódicos políticos suelen hacer al hablar de estos conciertos, que es insertar una lista, que siempre es la misma, de los concurrentes, principalmente del bello sexo.

Cotinúa la guerra contra los árboles, y la manía de hacerlos mudar de sitio. Por ahora el papel de víctima corresponde al Retiro. Proyectan dar entrada en él á los carruages, para ello habrá necesidad de convertir en anchurosa calzada lo que hoy son bosquecillos y ala-

medas. Los vecinos de Madrid, que siempre consideraron y consideran hacienda propia el Retiro, han recibido muy mal, tan desacer- tada idea, para la cual no hay más razón que el capricho de unos cuantos ricos perezosos, que forman parte integrante de un coche y consideran artículo de lujo el no moverse.

Todo cuanto los defensores del destructor proyecto alegan en su apoyo se reduce á que entrando coches en el *Bois de Boulogne* de París, es natural que entren igualmente en el Retiro de Madrid; y á que el Retiro es el paseo peculiar y exclusivo de los andarines, los melancólicos y los suicidas.

La primera razón es puramente de imitación; y para imitar, en otras cosas podía hacerlo el Retiro mejor que en dar entrada á los carruages; y en cuanto á la segunda, protestan contra ella la multitud de lujosos coches, que en alineadas filas esperan todas las tardes á sus dueños á la entrada del Retiro, pregonando que alguien más que melancólicos acude al paseo, y que la vanidad de los que consideran humillante el bajarse del coche, hará que ellos y los que no lo tienen se queden sin más paseo, que un árido desierto.

Zanjas, barrancos y ruinas se extienden ahora donde antes se alza- ban calles de frescos olmos y de floridos castaños: cuando á los plantíos de frutales, á la poética montaña rusa, á la casita y estan- que del pescador y á las magníficas calles de pinos de cipreses y welingtonias suceda una enlodada carretera ¡qué satisfechos quedarán de su obra los autores del proyecto!

Tres son los estrenos que ha celebrado el teatro de Apolo en el mes de Febrero. Titúlase las tres comedias *El grano de trigo*, *Solte- ra casada y viuda*, y *El libro talonario*, siendo las dos primeras en tres actos y en uno la última, y todas en verso y originales.

El autor de la primera es D. Pedro Marquina y de la segunda D. Manuel Martos Rubio. En cuanto á la última el cartel dice que es obra de D. Jorge Hayaseca; pero los periódicos, observando sin duda que con las mismas letras, y sin aumentar más que una *e* se forman el nombre y apellido «José Echegaray», han anunciado que esta pieza es del Ministro de Hacienda, sin que nadie lo haya desmentido.

En el teatro de Apolo es por lo común muy breve la vida de cuan- to se representa. Así es que *Soltera, casada y viuda*, retratando una mujer ambiciosa, que aspira á casarse con un brigadier, desprecian- do comandantes y coroneles, para lograr por marido un teniente, y no poder conseguir, después de viuda, unir su suerte á la de un primo, á quien antes despreció, solo dos ó tres días ha durado en las tablas. *El grano de trigo*, cuyo fin moral es celebrar el trabajo, la economía y la modestia, tampoco se ha representado mucho, y sobre poco más ó menos igual número de días duró en los carteles *El libro talonario*.

Más dilatada existencia me parece que ha de conseguir en Jovella- nos. *Los comediantes de antaño*. El libro, escrito por D. Mariano Pi- na, ha gustado, y más todavía la música, por extremo aplaudida, y

obra de D. Francisco Asenjo Barbieri.

La compañía dirigida por el Sr. Obregon, abandonó el Circo al concluir el carnaval. Una sola zarzuela ha estrenado, y con lisonjero éxito. *Pedro el veterano* es su nombre, y está arreglada del francés por el Sr. Liern, con música del Sr. Monfort.

En el teatro de Oriente esperaban los aficionados con impaciencia el *Freyschutz*, de Weber; pero á pesar de haber cantado en él la Sra. Edelsberg, predilecta este año del público, la opera no ha hecho gracia.

Una sociedad de escritores ha tomado á su cargo el teatro de la Alhambra. Propónese dar á conocer unicamente piezas en un acto, ajustadas á la más severa moralidad; ofreciendo espectáculo barato y á la vez decoroso. En el poco tiempo que va desde el nueve de Febrero en que empezó á funcionar lleva estrenadas las obras siguientes: *El teatro de la Alhambra*, apropósito; *El elixir de la vida*, por D. José Fernandez Bremon; *Un martir desconocido*, por D. Manuel Osorio y Bernard; *Desde el cielo*, de D. Carlos Frontaura; *Cuando el diablo no tiene que hacer*, por D. Ramon Navarrete; *Los espiritus*, cuyo autor no recuerdo, y *Sermon perdido*, de D. Teodoro Guerrero.

De estas piezas la que más se ha representado es la de D. Carlos Frontaura, nombrada, *Desde el cielo!* cuyo asunto está lleno de sencillez y de ternura. Un matrimonio, que habia perdido su hijo único, tiene desavenencias: acuerdan separarse, y al repartir los muebles de la casa, cada cual quiere quedarse con el que más aprecia: la cuna del niño. Como ninguno cede, el padre propone la idea de partirla, y coje un acha para hacerlo. La madre, cual si el yerro fuese á herir á su hijo, se lanza á la cuna é impide el atentado. El padre reconoce entonces sus faltas, y ambos se reconcilian, pensando en su hijo que los ve *desde el cielo*.

Las manzanas de oro se estrenaron por fin en el teatro Español. Al público le han parecido bien las decoraciones, los trages y la música, que es de Sr. Arrieta; pero no se ha entusiasmado. En cuanto á la oportunidad del espectáculo me atengo á lo que dije en mi anterior revista.

¿Será larga y poco amena la presente? Yo borraría, pero en esto de borrar á todos nos pasa lo que á Alejandro Dumas, el famoso novelista.

Oye, lector mio, y va de cuento, por despedida.

En una de las novelas que fabricaba por varas, habia descrito un desafio en tiempo de Luis XIV, sobre un campo sembrado de patatas. Al enviarle pruebas el corrector, hizole respetuosamente observar que las patatas no se introdujeron en Francia hasta Luis XVI, y que convendria borrar.....

—¡Borrar! interrumpió Dumas;—nunca!—y cojiendo la pluma, escribió al margen de la prueba:—Al decir patatas el autor ha querido decir nabos, ó sea el tubérculo que así se llama, porque ya sabemos que el otro precioso tubérculo, de que suponemos plantado el

campo donde tuvo lugar el duelo, no se intrujo en Francia hasta el Reinado de Luis XVI,—Estaban, pues, los adversarios en un campo de nabos.....

Y devolvió las pruebas, diciendo al corrector:—Con esto ya hemos ganado otros seis renglones.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

A LA SEÑORITA.

D.^a FRANCISCA CASANOVA.

RECUERDO DE SU ESTANCIA EN LORCA.

Hoy entre nubes de gloria
 Y entre célicos cantares.
 Ninfa del claro Almanzora,
 Pura como sus cristales,
 Hermosa como las flores
 Y buena cual lo es un ángel,
 Del manso Guadalentin
 Visita las bellas márgenes.
 Como las flores se alegran
 Cuando tibia aurora nace;
 Como el consuelo al que sufre
 Le arrebató sus pesares,
 Así, Ninfa de Almanzora,
 Nos alegra el contemplarte,
 Y tu mirada nos llena
 De ventura inesplicable.

.

Flores del vergel lorquino
 Tan bellas como fragantes,
 Venid y alfombrad el paso
 Y de fragancia llenadle.
 Corazones de los hijos
 De Lorca la siempre grande,
 Venid y formad el trono

Donde esta ninfa se halle.
 Estrellas de nuestro cielo,
 Cual ningunas rutilantes,
 Bordad el solio que cubra
 El trono donde descanse,
 Y no os atormenten celos
 Si su luz es mas brillante.
 Ninfas del Guadalentin,
 De hermosura incomparable,
 Orgullo de nuestro pueblo
 Y prez de nuestro linaje,
 Venid vestidas de fiesta,
 Como hermana á saludarle.
 Dadla asiento entre vosotras,
 Y entre armoniosos cantares,
 A la Ninfa de Almanzora
 Pura como sus cristales,
 Hermosa como las flores
 Y buena cual lo es un ángel,
 Rendid tributo de amores
 Y el alma mia entregadle.,

J. SANCHEZ ROS.

EL RACIONALISMO, LA RECTA RAZÓN Y LA FE CRISTIANA.

DISCURSO ENTRE UN FRANCÉS Y UN ESPAÑOL.

(CONTINUACION)

ESPAÑOL. Soy yo un pequeño Dios. Me explicaré, aunque bien se comprende lo que quiero decir.

Yo no soy lo que Dios, lo que el Supremo Sér que me ha dado vida; pero al dármele, y al darme inteligencia, y al darme facultades para aspirar á verle, y sentarme á su lado en su morada, despues de dominar al mundo, soy un pequeño Dios.

Sin embargo, no quiero usar mas esta frase, porque aun en el sentido en que la uso, me repugna, me disgusta el compararme en algun modo á Dios, por más que este buen Dios se

ha comparado al hombre, en alguna manera, pues dijo que le hacia à su imagen y semejanza.

Yo, pues, soy un sér dotado de inteligencia, que me enaltece tanto, que ese enaltecimiento me abruma.

¡Oh! la inteligencia! No sabemos, no podemos apreciar cuanto es lo que vale el ser una criatura inteligente.

Enaltecido así, encumbrado tan alto, no puedo olvidarme de mi origen, de mi nada, y aquí el verme misero y pequeño en mi mismo engrandecimiento.

Ahora bien; mi razon, mi inteligencia piensa en un órden de cosas físicas, en otro órden intelectual, y en otro órden moral.

En el órden físico mi razon admira el Universo, sin tener que preguntar mucho por su causa primera; esa causa ya la he dicho; la veo patente en todos y cada uno de los seres.

Pregunto por las causas secundarias de ese Universo, veo fenómenos, y busco sus causas, y en verdad que por mucho que las ciencias han adelantado, lo que advierto es que no estamos ni aun al principio de conocerlo.

Lo que vamos conociendo con la ciencia son más fenómenos cada dia, eso sí; pero las causas son efecto de otras causas que no hemos llegado á comprender.

El calórico, la electricidad, la gravedad de los cuerpos, la impenetrabilidad de la materia, la luz, su trasmision, las leyes exactamente matemáticas de los cuerpos del espacio, la generacion, la germinacion, el aroma de las plantas, el flujo y reflujo del mar, la atraccion & &; todo esto son fenómenos.

De algunos de ellos, à fuerza de filosofar y trabajar, ha hallado el hombre sus inmediatas causas; pero las causas de esas causas, eso no se ha encontrado, eso es superior á mi razon, y sin embargo hay causas, yo lo creo, por que no puede haber efecto sin causas.

Pero veo que el hombre es muy pequeño, en medio de su altura, para dar alcance á esas causas primordiales, á lo íntimo de los seres, y me acuerdo entonces, y con sumo gozo, de que el que me sacò de la nada, ya hizo bastante con sacarme de ella y con que yo conozca lo que he conocido, y me considero dichoso al verme en la lista de unos seres que tienen por causa primera, por causa grandemente sabia al sér que llamamos Dios, y que V. podrá llamarle como quiera, pues siempre será Dios.

En el órden intelectual veo los esfuerzos de la razon del hombre investigando, fijando algunas bases, concordando ideas, armonizando actos, propagando sus sentimientos; y vengo tambien aquí á parar à la misma suprema causa.

Y en el órden moral, veo los sentimientos y aspiraciones del hombre, luchando entre el bien y el mal; veo los arranques de las pasiones generosas y de las pasiones ruines; veo la fraternidad llamando á las puertas del desvio; à la libertad justa recha-

zando el servilismo y la tiranía; veo la justicia que no quiere hacer causa comun con la malicia ni con la iniquidad; y admirado y asombrado de todo esto, y gozoso al mismo tiempo de ver que yo no era nada, y que hay una causa suprema que me ha traído, me complazco en reconocerla, en confesarla, en adorarla, en bendecirla.

Y esto es muy racional.

IV.

ESPAÑOL. —Sentado esto así, que V. no podrá rechazar, entremos en otras consideraciones.

Yo, colocado en medio de los demás seres, solo con mi propia razón, abandonada á ella, y guiándome solo por ella, tengo lástima de mi mismo, y con sobrado fundamento. No conozco más que fenómenos. y bien pocos, y esto es lastimoso.

Yo, intelectual y moralmente considerado, si me viese solo conmigo mismo, sin mas guía que yo, que mi razón, me abrumaría en medio de tanta contradicción y de tanta flaqueza como rodea á la humanidad. Si me dice V. que la razón de todos es la que puede consultarse, respondo lo mismo; al hablar de mi razón hablo de las sumas de razón que componen todos los hombres.

Esas sumas de razón contienen una cantidad de imperfecciones, de contradicciones, de debilidades y pequenezes, que no pueden producir por si solas lo grande, lo verdaderamente excelente.

Todo lo que es imperfecto, junto, por belleza que pueda reunir en algun modo, por fuerza que pueda ostentar, no dejará de ser un gran todo, grandemente imperfecto.

¿A quién acudiré? ¿Qué regla, qué guía me acompañará

Si mi razón es soberana, lo primero que puedo preguntar es: qué es soberanía de la razón. Soberanía sería aleanzarlo todo, poderlo todo, ser señor positivamente de todo; no verse sujeto á las mismas flaquezas y aun puerilidades de esa razón, que se llama soberana, cuando esa soberanía es tan pequeña, tan mezquina.

No es, no, soberana mi razón; no es autoridad que lo puede todo no es autoridad que no se engaña, sino que se engaña con frecuencia; y en verdad, que creerse uno soberano, cuando está bajo un poder engañador, el de su razón, es creerse lo que no es, y dicho está todo, pues de ser á no ser, ya ve V. si hay diferencia.

Pues bien, si no soy soberano, ya me dice mi razón, ya me dice la filosofía, que no me fie de mí mismo. que mire mas al-

to, que mire á mi origen, á mi causa, á mi Hacedor; francamente, á mi maestro, á mi padre.

V.

No entremos todavía en la revelacion; ya llegaremos á esto.

Diré sin embargo, que hay una especie de revelacion no dicha verbalmente ni por escrito al hombre, pero que es una revelacion.

Hay una revelacion primitiva de la verdad que está en Dios. Al hacer conocer Dios al hombre su miseria y su nada, se le ha dado Él mismo á conocer, aunque no le comprendamos, porque nosotros conocemos á Dios, mas no comprendemos la grandeza suya, y mucho ménos su esencia.

Para conducirse el hombre de una manera digna, Dios le infundió lo que debia querer y hacer; fijó en su corazon una ley, y esa ley le espresa sus deberes, y del cumplimiento de sus deberes, nace lo que se llama derecho.

Esa ley es la ley natural; y aunque es tan sin aparato exterior, no deja de ser una revelacion, porque el hombre no se hubiera revelado á sí propio esos deberes ni esos derechos, sin aquella luz que se le infundió.

La revelacion, pues, tiene origen en el amor de Dios.

¿Y quién puede negar, poner siquiera en duda, que así como de ese modo reveló Dios al hombre lo justo y lo injusto, ha podido hacer revelaciones de otra manera? Esto es muy racional.

Observe V., que al hacer Dios esa primera revelacion, lo hizo de un modo uniforme. sin dar diversidad de *Razones*, pues la razon de todos tiene una misma luz, tiene igual caracter en unos que en otros hombres.

F. —No dirá V. que no guardo silencio: le oigo con un verdadero deseo de ver el desenlace de lo que va V. agrupando. No digo mas, porque si hubiera de decir.....

E. —Amigo, pues diga V. cuanto por conveniente tenga, que nosotros no hemos de reñir por eso.

F. —Ya le haré á V. algunas observaciones importantes.

E. —Veremos si yo las voy contestando sin haberlas oido. Y esto lo digo sin presuncion. Sé lo que V. me va á objetar, y yo voy á anticiparme á dar la contestacion, no por impaciencia, sino por que lógicamente así lo exige el orden de las ideas que estoy indicando.

F. —Pues adelante.

E. —Adelante. Vemos que Dios reveló al hombre lo que necesitaba para saber cual es el mal, y cual es el bien.

La razon, la razon ordenando sus sentimientos y sus aspiraciones à cumplir esa revelacion; la razon queriendo el bien, aunque encontrando obstáculos en su camino; la razon procurando vencer esos obstáculos; la razon venciendo algunos de esos inconvenientes; la razon libre en sus determinaciones, serena y no presuntuosa en sus triunfos, serena tambien ante el límite à donde llega su dominio, y no furiosa y soberbia porque no tiene mas dominio; la razon agradecida à su engendrador supremo, y no rebelde contra El, porque ese engendrador sea mucho mas que ella; la razon gozosa, porque domina lo que está mas bajo que ella, y gozosa porque es hija de padre tan esclarecido y excelente, que tiene en sí todas las perfecciones, y puede dárselas à conocer; la razon aspirando entonces à conocerlas, à vislumbrarlas por lo menos, y à querer llegar al reino donde se encuentra la Verdad, ò sea, la Belleza, ó sea el Bien Sumo; esa razon, es lo que yo entiendo que es recta razon; esa es la que creo que es positivamente digna, que no se degrada, que se enaltece, que dice lo que es, y no se atreve à mentir, llamándose ¡que escándalo! Diosa.

Y no se atreve, no, la recta razon à llamarse Diosa, porque conoce que mentiria escandalosa y ridiculamente.

Y como no es más que lo que es la razon, y como que lo que en soberbia gana lo pierde en nobleza, que consiste en su hermosa sencillez, de aqui el que, si ha de ser recta, no puede ser vana y mistificadara, no puede falsificar, que la falsificacion pronto se le advertiria, y causaria desprecio ese atentado.

Si la razon quiere ser Diosa, se emancipa de sí misma, sale de su propia casa, no encuentra albergue, está desamparada, porque no es más que lo que es, y no es poco; pero si le parece poco, si quiere nada menos que echar de su morada à Dios, esa razon es torcida, está loca, concluye por la desesperacion.

Y vea V. aqui ya, como el racionalismo es lo que más se aparta de la razon, porque el racionalismo quiere ser Dios, quiere poderlo todo, quiere no tener mas regla que su propia fuerza, aunque sea, como lo es, tan debil; quiere confesar à Dios, si Dios se le somete; quiere ajustarse más à sus caprichos, y seguir sin restricciones sus inclinaciones todas, que no acomodarse à reconocer su dependencia y limitacion.

El racionalismo es la razon exasperada, violenta; es la razon incomodada por encontrarse con cosas misteriosas; que se revuelve contra todo lo que ella no alcanza, que se hace fanática é insufrible en sus efímeras glorias; que se encuentra oprimida y llama en su auxilio à la libertad de exàmen, à la libertad del juicio, à la libertad de la creencia; y como esas libertades le contestan que no pueden ir mas allá, que ellas no tienen supremo poder para conocerlo ni juzgarlo todo, se apasiona enton-

ces por otra libertad más amplia, que le dice que puede ir mas allá, y le engaña, y le entretiene, y mata los mejores tiempos de su vida, y daña los mejores frutos que podía en esos tiempos producir.

Se continuará.

CÁRLOS M.^a BARBERÁN.

LUZ Y SOMBRA.

Yo he visto las mujeres más hermosas,
Ninguna cautivó mi corazón;
Por eso necio pregunté hace tiempo:
¿En donde está el amor?

—
Yo era rico y contaba con amigos;
Quedé pobre y ninguno ya me habló;
Y entoces yo me pregunté insensato:
¿En donde está el amor?

—
Mas hoy he visto en el madero Santo
La imagen del divino Redentor,
Y he dicho en el momento:—«en esas luegas
Es donde está el amor»—

J. RUIZ NORIEGA.
